

22-39A Bubl.

9

SEMBLANZAS Y APOLOGÍAS

DE

GRANDES MÉDICOS

SEGUNDA SERIE

POR EL

D^r GREGORIO ARÁOZ ALFARO

Profesor honorario y Miembro de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires

Miembro correspondiente de las Academias de Medicina de París, Madrid y Roma

Ex presidente del Departamento Nacional de Higiene

Presidente de la Institución Mitre y del Instituto Popular de Conferencias

Ex Miembro del Comité de Higiene de la Sociedad de las Naciones y del Office International d'Hygiène Publique

Miembro honorario de la Academia de Letras del Brasil



BUENOS AIRES

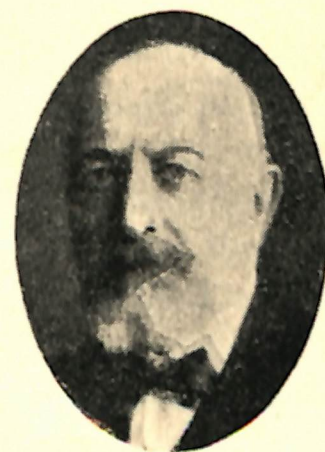
LIBRERÍA « EL ATENEO »

FLORIDA 340 - CÓRDOBA 2099

1952

1028522





JOSÉ SCOSERIA

EL NÉSTOR DE LOS PROFESORES URUGUAYOS

El profesor José Scoseria, miembro honorario de nuestra Academia, fallecido súbitamente en Montevideo el 8 de mayo último, el mismo día en que cumplía 85 años, fué, sin duda, una de las más grandes figuras médicas del país hermano. En los últimos años de su vida fecunda, prolongada más allá de los límites comunes, alejado ya de la lucha que por tantos años prosiguiera en procura del bien público, encontróse rodeado del afecto y del respeto de todos, aun de los viejos adversarios. Néstor de los profesores uruguayos llamóle nuestro eminente colega Turenne en el hermoso panegírico que le dedicó en nombre del Consejo de la Facultad de

Medicina, y Piaggio Garzón dijo de él que era el Patriarca de la Medicina Nacional ¹.

Durante casi medio siglo he sido testigo y espectador de su vida y de su obra. La amistad que nos unió desde los comienzos de esa centuria — con la natural distancia entre los dos, él profesor prestigioso y decano, yo médico joven y apenas profesor suplente — fué haciéndose de año en año más firme y más íntima, a medida que uno y otro, ascendiendo afanosamente por la cuesta de la vida, descubríamos mejor la comunidad de aspiraciones y anhelos, conocíamos mejor nuestros defectos y nuestras cualidades.

Por eso, porque he de hablar como amigo que admirá y quiere y no como un simple panegirista, ha de serme permitido que no abunde en detalles biográficos y procure presentar, en breve síntesis, lo esencial de su hermosa vida, animada por el soplo de un espíritu superior.

Hombre de ciencia, fué sin duda, estudioso y sediento de saber; maestro de la juventud; universitario liberal y progresista, mas, ante todo y sobre todo, organizador y hombre de acción. Escribía bien; hablaba sin énfasis y sin adornos literarios, con corrección, con facilidad y gran fuerza dialéctica, pero prefirió siempre obrar, y cuando

¹ Discurso pronunciado en la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires, el 7 de noviembre de 1946.

habló o escribió, hizolo no para recrearse o lucirse sino para ganar adeptos a sus ideas, para convencer y persuadir.

Desde estudiante mostró ya sus grandes cualidades. Estuvo entre los fundadores y más entusiastas miembros de La Sociedad Universitaria que, cuando un decreto del dictador Latorre suprimió la enseñanza secundaria en 1877, creó un verdadero Instituto de Estudios Preparatorios a fin de suplir a los oficiales, en el cual se formaron muchos de los que habían de ser después maestros respetados en la Universidad. Ese centro universitario fué pronto, además, un gran foco de agitación antidictatorial.

A poco tiempo de recibido de médico, fué designado profesor interino de química, y poco después confirmado como titular. Entonces empezó su primera gran tarea. Había recibido un laboratorio — generosamente así llamado — ubicado en el estrecho corredor de entrada a una antigua iglesia, compuesto de una cocina con fogón y campana, una mesa con un fuelle de pedal, algunos hornillos y matraces, algunos frascos con reactivos y unas cuantas retortas. Allí empezó su enseñanza. ¡Verdad que, no muchos años antes, Parteur había hecho sus primeros trabajos en el oscuro desván de una escalera! Mas en éste, apenas si se repetían algunos experimentos triviales. Y bien, en pocos años, Sco-seria logró poseer, gracias a su esfuerzo y a su poder

de convicción, un Instituto de Química tan completo que hasta fué tachado de excesivo.

Al inaugurar el edificio, en 1904, decía Scoseria: « Hemos tomado como modelo los más modernos en su género en Alemania y hemos procurado dotarlo de todos los elementos de trabajo necesarios. Al recorrerlo, quizás algunos lo encuentran enorme... y sin embargo, bastará enunciar las proyecciones que tienen en el cuadro general de las ciencias médicas las disciplinas científicas a que se destina para comprender que está muy lejos de tener un desarrollo superior al que exigen las necesidades presentes ». Y agregaba que esos métodos de trabajo tenían por objeto dar a los que estudian « los elementos necesarios para desarrollar en ellos el espíritu de observación e iniciarlos en los trabajos de investigación original ».

Con justificado entusiasmo, uno de los más altos espíritus de la época, el profesor Soca, dijo: « Este Instituto aparece así como la condensación de todos los anhelos, de todas las ambiciones, de todas las nobles audacias que vibran en el ambiente...; marca el principio de la investigación original...; el fin de una ascensión dolorosa y el principio de una era nueva; el primer albor, el nacer de la ciencia uruguaya ».

En ese Instituto enseñó Scoseria química más de treinta años a médicos y farmacéuticos, y la enseñó

de manera tal, con tanto entusiasmo, con tanta ciencia, que el doctor Giribaldo pudo llamarlo, en el cincuentenario de su profesorado, el Maestro de la Química en el Uruguay.

El espíritu de progreso y la energía en la acción que denota esa primera fundación pónese constantemente de manifiesto en toda la vida de Scoseria. Decano, muy pronto, de la Facultad de Medicina, y por tres períodos, logró su propósito de construir un nuevo edificio para la Escuela, frente al Instituto de Química.

Fué un período de seis años de intensa labor y de progreso constante. Nuevos reglamentos de estudios y de trabajos prácticos, creación de nuevos laboratorios y ampliación y mejoramiento de los existentes, separación de los estudios de farmacia de los de medicina y de la Medicina Legal y la Higiene; creación de nuevas clínicas consiguiendo más salas de hospital, etc. Mas, quizás uno de los aspectos más interesantes del Decanato de Scoseria fué la seriedad que consiguió imprimir a los estudios y a las pruebas finales, de suerte que durante varios años, tuvo en contra toda la masa estudiantil. Antes del primer Decanato de Scoseria, apenas se anotaban dos o tres reprobaciones; en el primer año, y con la asistencia del Decano a todas las mesas, se llegó al 14 % de reprobados.

Los estudiantes, habituados a una benevolencia

excesiva y a dar en algunas materias exámenes que eran bien calificados con solo aprender un librito de memoria, tomaron su severidad por injusticia y su espíritu de orden por arbitrariedad. Llegaron a excesos lamentables que tuvo que reprimir con energía. Mantúvose decidido y firme y al cabo de unos años se comprendió que, como dice Turenne, « tras de lo que llamaban sus «arbitrariedades» había un patriótico y firme propósito de dar a los investigadores del Uruguay el sitio que debían ocupar; al cuerpo médico nacional prestigio y decoro y a la Facultad de Medicina el derecho de ser *prima inter pares* ». Y lo consiguió. Desde hace muchos años, he dicho y he repetido con absoluta sinceridad, que la Facultad de Montevideo, como otras instituciones del país hermano, era un modelo por su seriedad, la capacidad de sus maestros y el espíritu de progreso que la animaba.

Naturalmente, Scoseria daba en todo el ejemplo. Laborioso y metódico, estudioso constante, tan severo y honesto como pronto a estimular y ayudar a los que valían, fué siempre el modelo del maestro, en ciencia y en conducta. En la hermosa fiesta de su jubileo dijo: « He estudiado siempre para seguir los progresos de la Ciencia y en los ya muchos años de estudio, he tenido que renovar frecuentemente mis conocimientos, debiendo adaptarlos a aquellos progresos. He procurado siempre hacer enseñanza

activa y no convertir al estudiante en receptáculo de los conocimientos que yo le transmitía y así he conseguido despertar y mantener la afición al estudio de esta ciencia ».

Por cierto que su acción en el progreso de la Facultad no se limitó a su cátedra y a los períodos sucesivos de su Decanato. Durante largos años fué, además, miembro del Consejo Universitario y del de la Facultad y miembro influyente, logrando hacer triunfar muchas buenas iniciativas y apoyando otras. En todas ellas, manifestóse siempre su alto espíritu universitario, su vivo anhelo de adelanto para su Escuela y para el país. Así por su influjo logró, ya en 1898, antes de que las Facultades tuvieran cierta autonomía, que se creara un Consejo de profesores como asesor obligado de los Decanos y presentó un proyecto de reforma a los estudios del bachillerato. Y en 1894, antes de ser Decano, propuso al Consejo Universitario un proyecto — al año siguiente transformado en ley — creando el *Instituto de Higiene* para cuya dirección fué llamado el profesor italiano José Sanarelli, que se había distinguido en el Instituto Pasteur de París. En él se preparó por primera vez en Sud América el suero antidiftérico, poco después de la memorable comunicación de Roux. En él también, Sanarelli creyó encontrar en el *bacillus icteroides* el agente causal de la fiebre amarilla, descubrimiento que por un tiempo pareció segura conquista

y fué estruendosamente celebrado en Buenos Aires cuando el profesor italiano nos visitó para hacer su demostración.

Grande fué la participación de Scoseria en la creación de nuevos hospitales y servicios clínicos, como el Hospital Pereyra Rossel para niños, en que actuó por tantos años, nuestro eminente amigo Morquio; los pabellones para las Clínicas Obstétrica y Ginecológica donde trabajaron secundamente Turenne, Pouey y Pou Orfila. Luego hablaré de otras importantes obras y creaciones suyas en el dominio de la asistencia social.

En cuanto a su acción en la docencia y la formación de la juventud, bien pudo decir Giribaldo, sintetizándola: «Universitario en la más elevada definición de la palabra, el doctor Scoseria se preocupó siempre por todos los problemas planteados por la enseñanza secundaria y superior de nuestro país. Durante más de treinta años formó parte ininterrumpidamente de las altas corporaciones dirigentes de la Universidad, interviniendo en todas las comisiones sobre planes de estudio y reglamentos universitarios».

Y Turenne, que le tuvo primero como maestro y después trabajó a su lado durante tantos años, en la cátedra y en los Consejos, ha escrito de él: «Su afán de enseñar, de transmitir su saber progresivamente agigantado, fué la expresión de su «espíritu

universitario» libre, amplio, mirando siempre hacia un porvenir infinito, no hacia una meta limitada».

Pasemos ahora a otro aspecto interesantísimo de su fecunda vida.

Cuando él era joven, todos los hospitales y servicios de asistencia estaban regidos por una Comisión de Caridad, constituida por personas honorables y espectables, con cristiano deseo de hacer el bien, pero imbuidos en ideas antiguas y sin la menor capacidad para captar y resolver los problemas modernos de la asistencia social. «Entendía la caridad —ha escrito el mismo Scoseria— como las congregaciones católicas: el dolor, la enfermedad, la miseria son males necesarios que la humanidad debe aceptar y bendecir como prenda de bienestar futuro. Se hacía la caridad así entendida, en nombre de la religión católica pero con dineros del Estado... Cada sala de hospital tenía su altar y su santo protector; los enfermos estaban obligados a seguir diariamente las prácticas religiosas; las Hermanas mandaban allí como en casa propia».

Cuando en 1903, el Presidente Battle llenó las tres primeras vacantes en esa Comisión con Scoseria, Quintela y Arizabalaga, estaban ellos de tal modo en minoría que sólo pudieron hablar, pero sin conseguir cambio alguno. Sólo dos años después, con el ingreso de nuevos miembros de ideas libera-

les, fué posible iniciar la transformación del vetusto organismo.

Oigamos al propio Scoseria, designado entonces Director General: « El primer acto... fué sustituir la insignia de la Comisión constituida por los símbolos de las virtudes teologales... por el escudo nacional; se proclamó, por primera vez, entre nosotros, el *derecho a la asistencia* y la obligación, por parte del Estado, de prestarla por un *deber de solidaridad social*. Se proclamó la más amplia libertad de conciencia y de opiniones para todos los asilados y personal de los Establecimientos de la Comisión ».

El Uruguay se adelantó, en eso como en muchos otros aspectos de la vida nacional y la administración pública, a la mayoría de los países de América, en particular a nosotros. Ciertamente es que en esta capital, muchos años antes, habíase creado la Asistencia Pública, laica y a cargo del municipio, pero en el orden nacional, sólo se habló bastante más tarde del «derecho a la asistencia» y «del deber de prestarla». En 1915, durante la visita de Mr. Léopold Mahilleau, fundador del Museo Social de París, invitado por el nuestro que acababa de crear el doctor Emilio Frers, di una conferencia mostrando la necesidad de organizar debidamente la asistencia y la previsión social, coordinando la acción de los órganos oficiales y las instituciones privadas o subvencionadas, bajo una dirección común. Y en el Primer Con-

greso Nacional de Medicina que tuve la honra de presidir, el año siguiente, sustenté las mismas ideas y logré un voto reclamando el cumplimiento de esos postulados. Fué sólo muchos años después, bajo los gobiernos del doctor Alvear y del general Justo, que empezaron a realizarse parcialmente. Durante el último, se celebraron la Primera Conferencia de Asistencia Social a la Infancia, que yo presidí, organizada por el Consejo Nacional de Mujeres y la Primera Conferencia de Asistencia Social, que presidió el ilustrado ministro Saavedra Lamas, con altos propósitos de organización centralizada, que tampoco se cumplieron plenamente.

Perdóneseme esta digresión. Pero quería hacer resaltar cómo en estas cuestiones de orden social y médico-social, el Uruguay ha marcado siempre los pasos más adelantados, y sus gobernantes — liberales e ilustrados — han dado el ejemplo a las demás naciones latino-americanas, que sólo lo han seguido tarde e incompletamente. Entre esos dirigentes, liberales e ilustrados, estaba Scoseria, que sin ser presidente ni ministro, ejercía gran influencia en el gobierno.

Una de las primeras medidas concordantes con ese nuevo espíritu, fué la creación de la Escuela de Nurses, dirigida con especial competencia por el doctor Nery (también muy anterior a las nuestras oficiales).

El Presidente Williman nombró una Comisión para proyectar una Ley de Asistencia Pública. Scoseria y el actual Presidente doctor Amézaga fueron los redactores del proyecto presentado al Parlamento y aprobado después de largas discusiones, pues las sanas ideas de asistencia como deber del Estado, en vez de caridad, y la laicización de los establecimientos fueron muy combatidas.

Scoseria fué el Director General de Asistencia Pública desde 1910 hasta 1916 y realizó una obra considerable y fecunda. «La protección del niño, de la madre, del anciano, del desvalido — escribió entonces — entendidas en sus diversas fases, como reparación de las injusticias de nuestra organización colectiva, como normas de justicia social, han sido inscriptos en la ley para substituir lo arbitrario y ofensivo de la limosna por el reconocimiento de un derecho».

Tal vez el mayor título de Scoseria a la gratitud de sus compatriotas y a nuestra admiración haya sido el honor de ser el primero en proclamar solemnemente desde un elevado cargo público, y en procurar su realización práctica ulterior, esos altos principios de ética y justicia social que hoy dominan en todas partes, pero que nuestras sociedades del Plata miraban con desconfianza y en parte con horror, considerándolos peligrosos y disolventes.

La lucha fué dura y larga y Scoseria, firme en el

puesto avanzado, fué quien soportó principalmente los tiros de adversarios apasionados. Pero realizó pronto una gran obra y ella se impuso. Aparte de la nueva y mucho más eficaz organización de los establecimientos y servicios existentes, creáronse en poco tiempo muchos otros: el Hospital de Niños, las primeras Gotas de Leche y Colonia de Vacaciones, la Colonia de Alienados de Santa Lucía, la Casa de Maternidad y Refugio de embarazadas, el Servicio de Asistencia domiciliaria, la Escuela del Hogar... Planeáronse la Colonia de Melilla y varios hospitales en el interior del país.

Igualmente fecunda fué su acción, años más tarde, como presidente del Consejo Nacional de Higiene. No cabe en los límites de este elogio señalar todas sus iniciativas y reformas. Trabajó intensamente por acentuar la obra de profilaxis y medicina preventiva y sostuvo, como lo hice yo entre nosotros, la necesidad de unir bajo una misma dirección la Higiene y la Asistencia. Tocóme desempeñar por esa época análogo cargo aquí, y más de una vez hubimos de concertar, por escrito o en conferencias amistosas, nuestros métodos de acción. Siempre encontré en él al hombre sabio y cordial, firme en sus convicciones, pero accesible a los razonamientos opuestos y movido exclusivamente por altos propósitos de bien público, ajeno a toda presunción y vanagloria.

En la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis, que

presidió muchos años, trabajó también con el empeño y la inteligencia que ponía en todos los cargos que desempeñó. Imprimió vigor a la campaña, consiguió despertar el interés del pueblo y promovió y organizó la primera Conferencia Nacional, reunida en 1914, tres años antes que la nuestra, en la cual se estableció un plan de lucha.

A pesar de mi deseo de ser breve y sintético, no puedo dejar de referirme, aunque sea someramente, a la actuación internacional de Scoseria. Es en ella que pude conocerle y apreciar, a más de su saber, sus dotes de prudencia y grata convivencia, sobre todo en los Congresos de Buenos Aires y de Montevideo, donde nos encontramos juntos con otros colegas eminentes y amigos queridos, en gran parte desaparecidos mucho antes que él.

Representó a su gobierno y a la Facultad en numerosos congresos y conferencias internacionales y fué elegido miembro del Comité de Higiene de la Sociedad de las Naciones, altísima distinción a la que supo hacer honor. Me encontré con él, repito, en muchas de esas reuniones internacionales y puedo afirmar que a más de la amistad y simpatía que provocaba, dejó en todas partes la impresión de un higienista sabio y experimentado cuyos consejos y opiniones fueron escuchados siempre con atención y deferencia.

He querido diseñar a grandes rasgos la interesante y fuerte personalidad de este hombre que, durante más de medio siglo ocupó un puesto de primera fila en la Universidad, la Sanidad Pública y la Asistencia Social de su patria, dedicando a la docencia y al servicio de la colectividad su clara inteligencia, su firme voluntad y un noble anhelo de progreso en la cultura y en las instituciones políticas.

Aunque no formó en partidos determinados ni se dejó ofuscar por pasiones banderizas, jamás fué indiferente y lejos de ello, sin ser ni pretender serlo, diputado, senador o ministro, ocupóse siempre con patriótico interés de la cosa pública, y sus juicios y consejos fueron constantemente solicitados por los hombres de gobierno.

Por sus ideas liberales y avanzadas, colocóse entre los hombres enérgicos y progresistas que desde fines del siglo pasado, impulsaron vigorosamente a su país por el camino de las conquistas, sociales, jurídicas e institucionales.

Ninguna obra de cultura o progreso dejó de contar con su concurso inteligente y decidido. Sus convicciones netas y firmes, su lucha contra ideas y organizaciones anticuadas, creáronle, por cierto, muchas dificultades y suscitáronle muchos enemigos. Creo que en los últimos años, hasta los que habían sido sus fuertes adversarios reconocieron la nobleza de sus intenciones patrióticas y la im-

portancia de la obra que realizó en bien del país.

Los que como yo, hemos seguido de cerca y de lejos su actuación dentro y fuera del país, sin prejuicios políticos o ideológicos, considerámosle como una noble figura de luchador y de maestro.

Tuve hace poco, en el Congreso Interamericano de Medicina, celebrado en Río de Janeiro, el placer de escuchar un conceptuoso y elocuente elogio que el ministro de Salud Pública del Uruguay, doctor Forteza, hizo de los principios que en materia de asistencia social sustentó valientemente Scoseria y logró hacer triunfar en la práctica. En tal sentido, fué un inspirador y un *leader*.

Bella fué la trayectoria de su vida. De origen modesto — él contaba complacido cómo, siendo niño, ayudó a su padre en rudos trabajos manuales — elevóse rápidamente hasta llegar a la cumbre. Mas como todo hombre de real valer, su elevación no le hizo perder la natural sencillez, la bonhomía sonriente, no exenta de cierta ironía, que eran sus características espirituales.

Gajo vigoroso de un añoso tronco ligur, plantado en fértil tierra uruguaya, creció y floreció pronto y dió buenos y abundantes frutos. Tenía de la Liguria de sus padres la reciedumbre, el espíritu de empresa, la perseverancia; del Uruguay la generosidad, el ardor, la sensibilidad.

Por su origen, amaba a Italia, su arte y su vieja

cultura: hablaba bien el bello idioma del Dante y era bien versado en literatura italiana. Sus visitantes oyéronle, pocos días antes de su muerte, recitar versos de Carducci y un soneto del humorista Pascarella. Amaba la música y le placía contar cómo, siendo adolescente, se las arreglaba para actuar de comparsa de ópera, a fin de gozar de la función teatral.

Y todo ese amor al pasado cultural no le impidió ser un espíritu moderno, pensando siempre en el porvenir e impulsando vigorosamente el progreso de su pueblo.

Fisicamente, era un bello ejemplar de hombre: fisonomía inteligente y abierta; gran frente despejada; nariz recta y fina; ojos claros, brillantes y escrutadores; piel tersa, blanca y rosada; barba rubia y rizada. En los últimos años, bien descubierta la cabeza, plateados el bigote y la barba, sin que la piel hubiera perdido su elasticidad ni los ojos la aguda mirada, era un hermoso anciano que no daba, empero, impresión de senectud sino de sana y fuerte madurez.

« Por haber sabido colorear su vida con innumerables disciplinas — dice Turenne — pudo Scoseria no solamente encontrarse capacitado para la resolución de muchos problemas de interés general, sino también para vivir una ancianidad serena, amable, luminosa, en la que el aburrimiento nunca tuvo cabida,

lo que le permitió enfrentarse y soportar prolongados dolores físicos con la entereza de un estoico y hasta con el fatalismo de un musulmán ».

Conservó, felizmente, la integridad de su clara inteligencia, su memoria prodigiosa, su buen humor y, sobre todo, su curiosidad espiritual, su sed de aprender, su deseo de estar presente en todas las manifestaciones del espíritu. Había tenido serios ataques que lo inmovilizaron temporariamente, pero apenas se sentía con fuerzas, volvía a la actividad fecunda, a formar parte de Consejos y presidir Comisiones honorarias, a asistir a las sociedades científicas. Más de una vez, cuando tuve el honor de dar una conferencia o hablar en público en su ciudad natal, a la que tanto amo, le vi aparecer, cordial y buen amigo, siempre sonriente y cortés y le saludé públicamente como a una figura consular, gloria de su patria y de la medicina del Plata.

En su vida privada fué un modelo de virtud y honestidad. Esposo, padre y abuelo ejemplar, afectuoso sin debilidad, supo inculcar a los hijos su propia austeridad, su amor al trabajo, su afán de cultura.

Tuve la honra de ser su amigo durante medio siglo y pude disfrutar de su delicadeza espiritual, que contrastaba con su reciedumbre física y su vigor en la acción, de su conversación amena y coloreada, en la que, sin perder su llaneza, aparecían a cada

rato observaciones interesantes, relación de cosas, hechos y hombres que habían pasado por su larga y accidentada vida y que salpicaba con agudas puntas de gracia y humorismo de buen gusto.

Su vejez fué así, útil y grata, en plenitud mental, sin esas debilidades ni abjuraciones que tan tristemente suelen mostrar la decadencia del espíritu. «Savoir vieillir — escribió Amiel — est le chef d'oeuvre de la sagesse ». Nuestro Octavio Amadeo ha dicho que la vejez es una dignidad y una virtud. Y que cuando se llega a ella con salud física y moral es como una santidad. Así fué la vejez de Scoseria.

Vivamente combatido, como todos los hombres de valer y de lucha, conoció en su ancianidad la serenidad del viejo triunfador que vive rodeado de consideración y de respeto y, lo que era más para él, de una familia afectuosa y ejemplar y de muchos amigos fieles que le admiraban a más de quererle. Y, como se ha dicho de un gran anciano nuestro, «su largo día terminó con una puesta de sol maravillosa y las sombras cayeron de repente».

Guardemos su memoria como la de un hombre fuerte, sabio, laborioso y útil, que sirvió a su patria con talento y con perseverancia y que quedará en el país hermano, como uno de esos altos faros de luz perenne que, en el agitado mar de la existencia, señalan la buena ruta a las generaciones que se suceden.